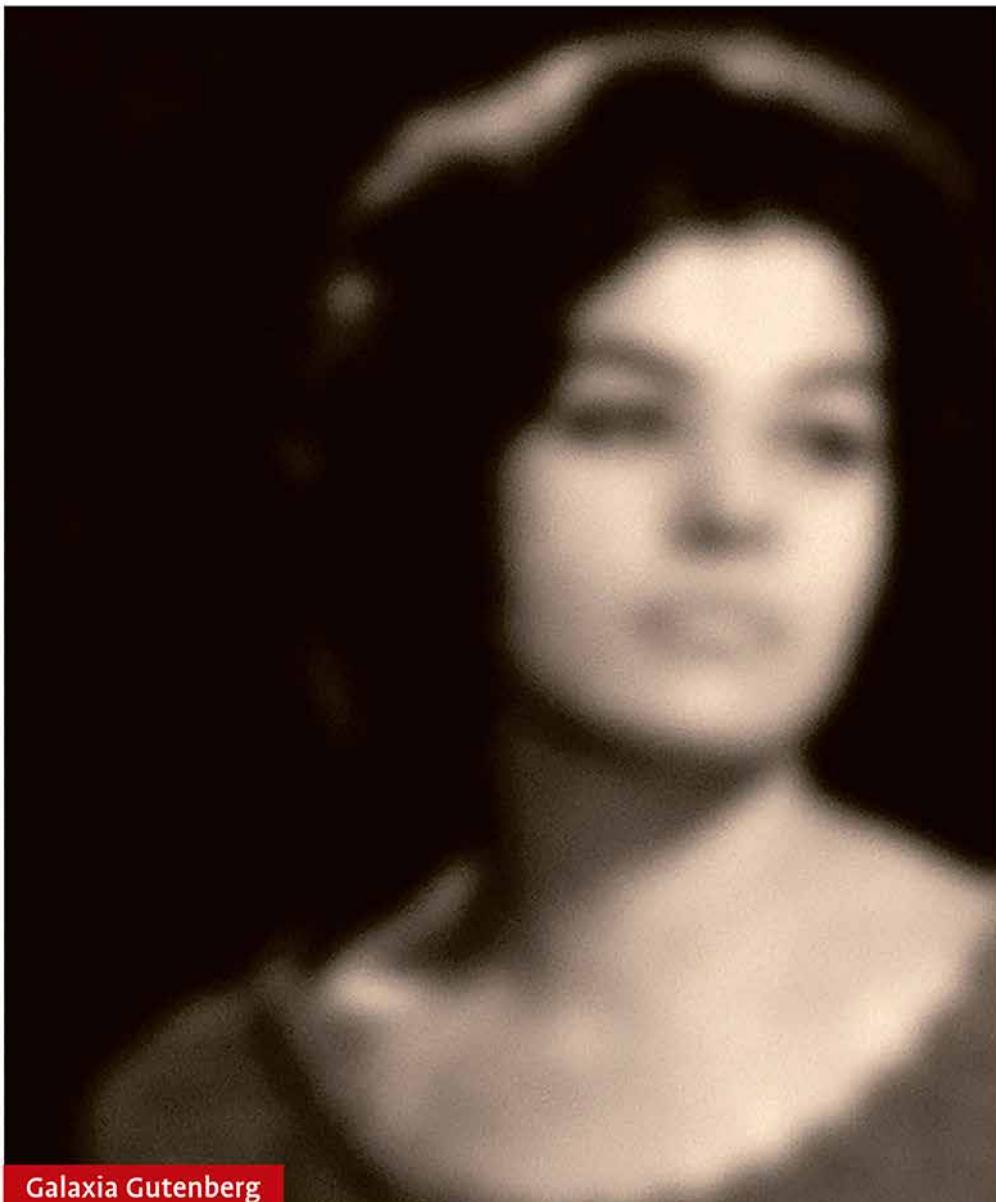


Iman Mersal

Las huellas de Enayat

Traducción del árabe de Margarida Castells Criballés



IMAN MERSAL

Las huellas de Enayat

Traducción de
Margarida Castells Criballés

Galaxia Gutenberg



Título de la edición original: *Fi athar Enayyat al-Zayyat*
Traducción del árabe: Margarida Castells Criballés

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: enero de 2026

© Iman Mersal, 2019

Primera edición en árabe publicada en Kotob khan Publishing, El Cairo, 2019
Esta edición se publica mediante un acuerdo con Sterling Lord Literistic y MB Agencia
© de la traducción: Margarida Castells Criballés, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Plaça Verdaguer n.º 1, 08786-Capellades
Depósito legal:
ISBN: 978-84-10317-53-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

I

Paula no había asistido al funeral y no tenía ni idea de dónde podía estar la tumba. Volvió a contarme la misma historia que ya le había escuchado antes, en el mismo orden y sin añadir otros detalles: después de aquella fatídica llamada telefónica, se fue a la plaza de Astra en Dokki y subió los escalones de la casa de dos en dos hasta el segundo piso. Habían reventado la puerta de la habitación buscándola, la vio tendida sobre la cama: yacía inerte, la bella, como si durmiera apaciblemente, arropada con la manta. «Tomó la decisión y punto, sin vuelta atrás; tenía mucha fuerza de voluntad, no bromeaba», me dijo. Luego, el ataque de nervios: Paula enloqueció, golpeó las paredes de la habitación con las manos insultando a la «bella durmiente», se fue precipitadamente de la casa y no asistió al funeral.

El 19 de febrero de 2015 salí de casa a las ocho de la mañana, me encomendé a Dios, levanté la mano y paré un taxi. «Al cementerio de Basatín, por favor», le indiqué al taxista. Para dar comienzo a las pesquisas lo único que tenía era la imagen de un recorte de prensa, un anuncio publicado en el diario *al-Ahram* en enero de 1967. Al lado de una foto de carnet de una mujer joven –el look era muy años sesenta–, se leía: «In memoriam ENAYAT ABBÁS ZAYYAT. Con los corazones hinchidos de fe y resignados al albur del destino, la familia reaviva la llama de su grato recuerdo hoy, sin olvidar, en el panteón del ilustre Rashid

Pachá en al-Afifi». La redacción del texto era malísima, ¿no tendrían correctores en el rotativo? Si me hubiera encargado yo, al menos habría modificado la segunda parte, habría escrito: «... la familia reaviva hoy la llama de su inolvidable recuerdo en el panteón del ilustre Rashid Pachá, en al-Afifi».



Cuando encontré este anuncio en la sección de necrológicas de *al-Ahram* pensé en la cantidad de historias interesantes que habría detrás, conservadas en la memoria de los vivos, en las páginas de muchos libros o en documentos de archivo. Tendría que armarme de paciencia, sin duda, pero ya era hora de ponerme a investigar en serio sobre el terreno. Había guardado durante años la imagen como si fuese el carnet de identidad de Enayat, había mantenido diversas conversaciones telefónicas con Paula en otoño de 2014 y, aun así, seguía ignorando quién era el pachá apellidado Rashid y qué clase de parentesco le unía a Enayat; ni siquiera sabía el nombre de pila del personaje o si era de origen egipcio, turco o circasiano. Lo más pro-

bable era que se tratase de un típico pachá decimonónico: uno de esos que presumían de las riquezas, las mansiones y las tierras que poseían, que formaban parte del coro de aduladores del jedive y que inscribían a su nombre los panteones que legaban a la posteridad para el descanso eterno de sus allegados.

En la historiografía egipcia de referencia sobre el período había localizado a varios pachás con ese nombre. Seleccioné los cuatro que, con más probabilidad, podían identificarse con el personaje que andaba buscando. Los menciono por orden creciente de posibilidades de coincidir con el que había dado nombre al panteón de al-Afifi. Primero: el diplomático turco Mustafá Rashid Pachá, nacido en Estambul y enterrado allí en 1858. El escritor Georgy Zaydan le había dedicado un capítulo entero en su obra *Vidas de hombres ilustres de Oriente en el siglo XIX*. Segundo: el pachá Rashid al-Kozalki, natural de Kirguistán. El sultán otomano lo había nombrado gobernador de Bagdad el año 1853 en recompensa por la campaña militar que había dirigido, con gran éxito, para sofocar una revuelta kurda. Al-Kozalki había fallecido en 1857 y había sido enterrado en el cementerio de Jayzurán, en Bagdad, detrás del mausoleo del imam Abu Hanifa al-Numán. No era ningún disparate pensar que alguno de sus descendientes pudiera ser el pachá inhumado en al-Afifi.

La historia del tercero de los Rashid Pachá que tomé en consideración es espeluznante. Era circasiano, por cierto, y hablaba árabe con un marcado acento extranjero. El historiador Ilyás al-Ayyubi lo menciona en su crónica sobre la expedición militar que el jedive Ismail envió a la conquista de Abisinia. Junto con otros mandos militares y varios pelotones de soldados, el tal pachá Rashid embarcó en el vapor *Daqahlía*, que amarró en el puerto de Masawa, en la costa abisinia, el 14 de diciembre de 1875. Ilyás al-Ayyubi describe la nave como una «Babel flotante», por la cantidad de lenguas que se hablaban a bordo: el comandante en jefe, el *sirdar* Ratib Pachá, era turco; el jefe del estado mayor, el general Loring, era norteamerica-

no; el resto del cuadro de oficiales lo conformaba una mezcla de turcos, circasianos, americanos, austriacos y alemanes, además de un italiano converso al islam y un sudanés.¹

Según al-Ayyubi, los turcos y los circasianos –incluyendo a Ratib Pachá y a Rashid Pachá– se habían confabulado para boicotear las órdenes de Loring y no hacían más que ponerle palos en las ruedas. Tenían sus propios planes a pesar de que eran unos inexpertos en el arte de la guerra. El caos reinaba en el cuartel de los expedicionarios cuando, el 7 de marzo de 1876, el ejército del Negus sitió el fortín que los egipcios habían construido en el valle de Gura. La derrota de los egipcios fue aplastante: 3.273 muertos y 1.416 heridos. Sólo 530 hombres lograron sobrevivir y escapar a la masacre. Rashid Pachá, al parecer, cayó herido y murió desangrado. En medio de la barahúnda que se organizó tras la batalla, unos soldados abisinios le quitaron la ropa y todo lo que llevaba encima y, antes de lanzarse a la caza de otra presa, lo castraron.² Cabe suponer que este Rashid Pachá está enterrado en Etiopía, si es que alguna vez fue enterrado; y, si lo fue, tal vez no permaneció mucho tiempo bajo tierra, ya que en el texto de al-Ayyubi se lee: «Los muertos sepultados en el valle –unos 2.000, más o menos– no fueron enterrados correctamente, de suerte que la caída de unas lluvias torrenciales provocó que los cuerpos emergieran a la superficie y sus restos fueran devorados por animales carroñeros».³ Al leer esta terrorífica historia, deseé con todas mis fuerzas que ese Rashid Pachá no tuviera nada que ver con Enayat.

El cuarto hombre, el Rashid Pachá que pasó enseguida a encabezar la lista de candidatos a identificar con el que había dado nombre al panteón de al-Afifi, fue alguien muy bien si-

1. Ilyás al-Ayyubi, *Historia de Egipto bajo el gobierno del jedive Ismail* [en árabe], Vol. I (1863-1879). El Cairo, Muasasat al-Hindawi, 2013, p. 509.

2. *Ibid.*, p. 512.

3. *Ibid.*, p. 513.

tuado en la órbita de los adláteres al poderoso gobernador Mohammed Alí. Su nombre figura en varios registros de los años cincuenta del siglo XIX como responsable de la excavación de canales de irrigación, el secado de marismas para usos agrícolas y el acondicionamiento de tierras baldías para el cultivo. En el año 1868 era gobernador de El Cairo¹ y, en 1875, fue uno de los fundadores de la Sociedad Geográfica de Egipto. A partir de 1876, aparece en calidad de miembro del entonces llamado Consejo Privado del Jedive, equivalente a un consejo de ministros. Ocupó el puesto de encargado –es decir, ministro– de finanzas.² Además de ocupar estos cargos, presidió la Cámara de Diputados en las últimas sesiones que tuvieron lugar durante el gobierno del jedive Ismail, entre enero de 1878 y abril de 1879.³ No encontré información alguna sobre sus orígenes ni otros detalles de su vida más allá de estos datos, salvo la prueba de que fue miembro de la Sociedad del Conocimiento, fundada por el jedive Ismail, según la lista de asociados a la entidad del año 1868. Todo indicaba que –reproducido las palabras de al-Rafi'i– «formó parte de las capas sociales más privilegiadas en aquellos tiempos revueltos».⁴ Lo señalé como «principal sospechoso», empleando la expresión propia del lenguaje policial. Si era o no era el mismo Rashid cuyo nombre debía figurar en la entrada al panteón que albergaba la tumba de Enayat, ya lo averiguaría más adelante. De momento, tenía que concentrar mis esfuerzos en encontrar dicho panteón, quería ver la tumba de Enayat con mis propios ojos.

1. Abderrahmán al-Rafi'i, *La era de Ismail* [en árabe], El Cairo, Dar al-Ma'arif, 1981 (4.^a ed.), vol. II, p. 111.

2. Al-Ayyubi, *op. cit.*, vol. II, p. 579.

3. Abderrahmán al-Rafi'i, *op. cit.*, vol. II, p. 177.

4. *Ibid.*, p. 264.

El taxi circuló lentamente por la avenida Salah Sálem, llegó a la plaza de Sayida Aisha, giró a la derecha y, minutos después, me dejó ante una entrada del muro que circunda el cementerio de Basatín. El taxista me dijo: «Adelante, pregunte, ahí dentro encontrará a miles de personas que podrán indicarle».

Entré con la convicción de que pronto resolvería el enigma y empecé a andar con paso firme por una calle recta, muy larga, de la cual no veía el final. A mi derecha, se extendía un muro alto de piedra, reforzado en algunas partes con barrotes negros, de hierro. A mi izquierda, se sucedían los panteones de paredes amarillas, recientemente pintadas. Vi a una niña que se acercaba caminando en dirección contraria: llevaba un vestido morado de volantes y, en la cabeza, unas hojas de palma sobre las que había apilado un montón de rodajas de pan ácimo. La imagen de la nena era encantadora, me hubiera gustado tener la audacia de una turista para hacerle una foto, pero no era el caso. Nos cruzamos, la miré de reojo y el sonido de sus chanclas cesó de golpe cuando hubo pasado a mi lado. Me paré y me di la vuelta. Ella también se había parado y me estaba observando con curiosidad. Me sostuve la mirada con aplomo y le pregunté si sabía dónde estaba al-Afifi. «¿Al-Afifi? ¿Es un hombre o una calle?», contestó. La niña no era tan pequeña, era mayor de lo que había imaginado. Me acerqué un poco más a ella, le pregunté por la panadería y me indicó con precisión dónde podía encontrarla.

No había tanta gente como había esperado por las calles de la ciudad de los muertos; pero, a medida que iba avanzando, sentía que los vivos que la habitaban clavaban en mí sus miradas como aguijones de avispa. «¿Qué anda buscando por aquí?», me preguntó una mujer. Mientras ella y yo intentábamos aclarar si al-Afifi era el nombre de una calle o de una zona del camposanto, escuché la voz de un hombre que dijo: «¡Bah!, debe ser una de esos puñeteros periodistas que vienen, sacan fotos y luego se largan». Estaba sentado en el suelo, tomando el sol con un cigarrillo en la mano. Hice como que no había

oído el comentario despectivo y, educadamente, le pregunté si sabía dónde estaba el panteón de Rashid Pachá en al-Afifi. «No hay ningún Afifi por acá, pero sé dónde está el patio de Abu Auf; si quieres, te acompañó», respondió con decisión y en un tono más bien desasosegante. Decliné la oferta, prefería seguir buscando por mi cuenta y moverme libremente por el lugar. «La próxima vez preguntaré por un patio y no por un panteón», pensé. Tuve que admitir que no sería tan fácil localizar el sitio, pero, en fin, si aquel día no conseguía llegar hasta donde estaba enterrada Enayat, ya me enviaría ella una señal desde el más allá cuando lo considerara oportuno.

Caminaba sin rumbo, me paraba ante todos los panteones y leía las inscripciones cinceladas en los dinteles de los portales. Aunque no era mi intención fisgonear, mis ojos se posaban, inevitablemente, en escenas que me impresionaban, imágenes que han quedado grabadas en mi memoria para siempre. No sé cómo expresar lo que sentía, sólo sé que «decepción» no es la palabra adecuada, ni mucho menos. Si algo he aprendido, con los años, es que obtener cualquier información concerniente a Enayat es una tarea ardua. La belleza decadente de las antiguas tumbas me conmovía, pero no puedo decir que el estado de degradación de muchas de ellas me apenara especialmente, me resistía a formular juicios morales sobre los vivos que las ocupaban y perturbaban el descanso de los muertos. Un amigo mío, no recuerdo cuál, me había dicho una vez: «No sé qué me pasa. Siento como si tuviera un hormiguero en el estómago»; algo así era lo que yo sentía en aquellos momentos.

A mi alrededor, invadiendo los dominios de la muerte, las personas dormían, se despertaban, se peleaban y se multiplicaban. Era un espectáculo desagradable, doloroso muchas veces; sin embargo, también era una demostración fehaciente del poder de la vida, de la voluntad de vivir por encima de todo. Poco a poco, el asombro inicial disminuía; a medida que iba dejando atrás panteones y tumbas, me iba acostumbrando a la visión de habitaciones y cocinas al aire libre, barreños llenos de cacha-

rros y piezas de ropa en cualquier lado, todo expuesto a la vista sin ningún pudor. Los tendidos de cables eléctricos rozaban los trazos de bellas inscripciones en caligrafía cúfica: «Todas las almas degustarán la muerte» [Corán, 3: 185]. Junto a montones de basura, medraban cactus y otras plantas de secano, y los olores fuertes, a orina o a ajo frito, impregnaban el aire. Los chiquillos correteaban descalzos, me fijé en uno que vestía una camiseta Adidas... Un hornillo de gas encima de una tumba, un tendedero de ropa extendido entre un árbol y una lápida de mármol, la voz de Mayada al-Hennawi cantando «Te adoro» ... Frente a una puerta magníficamente labrada y bajo un árbol, unos hombres fumaban. A pesar del frío, todos vestían solamente ropa interior –camisetas y calzoncillos blancos– como si estuvieran en un chiringuito de playa en pleno verano.

Mientras vagaba sin rumbo, mi pensamiento también divagaba. Recordé la vez que había ido al cementerio de Basatín en 1995, no para un entierro, sino para una boda y sin conocer a los novios, sólo porque en la fiesta actuaba el poeta y cantante sufí Sheij Yasín al-Tohami. Aquella noche, el cementerio me pareció el lugar más bello del mundo: la brisa estival, las luces brillando en la cima del monte Moqattam, los pitillos liados a mano que entre desconocidos nos pasábamos y la voz grave de al-Tohami entonando: «¿De qué sirve el amor si no libera el alma?». Una noche inolvidable. Durante horas, y sin moverme del mismo sitio, estuve flotando, navegando a la deriva en un espacio sin límites, embriagada por la extraña sensación de vivir un presente eterno, sin pasado ni futuro: un viaje extraordinario a otra dimensión que terminó al rayar el alba.

Al día siguiente, el taxi al que me subí me dejó ante la entrada de la calle 16 del cementerio. Nada más atravesarla, me sumergí en un bullicio de vendedores y compradores entre un sinfín de mercancías amontonadas por todos lados, esparcidas en el

suelo o colgadas en lápidas y paredes de panteones; toda la quincallería que uno pueda imaginar: aparatos de video, reproductores de DVD, máquinas de lavar, bombonas de gas, marcos de ventana, somieres de madera o metálicos, armarios de aluminio, sillas rotas, neumáticos de coche, botellas vacías que algún día contuvieron litros de whisky o vodka... Un bazar de toda clase de productos desechados en los mercadillos y encantes de la ciudad. Deambulé de calle en calle, girando a derecha y a izquierda, al azar, hasta ir a parar a una especie de plácido suburbio de la ciudad de los muertos; podía escuchar el sonido de mis propios pasos, no había ni un alma viva por los alrededores. Me acerqué a la verja que circundaba un panteón de grandes dimensiones. La puerta de acceso estaba cerrada a cal y canto, con varios candados; era imposible entrar, pero me quedé un buen rato junto a la verja, contemplando el patio: un jardín con formas geométricas atestiguaba que alguien lo cuidaba con esmero. Conjeturé que pertenecería a una familia afortunada, y acaudalada, con suficientes recursos para mantenerlo a resguardo de incursiones indeseables, e imaginé las almas de sus difuntos saliendo de las tumbas y participando en alegres zambras durante las cálidas noches de verano.

Volví sobre mis pasos, me adentré en otra zona del cementerio poblada por vivos y me detuve a observar una pelea de niños. Aunque uno de ellos vestía también una camiseta Adidas, supuse que no era el mismo chaval que había visto el día anterior; pensé, simplemente, que Adidas era la marca que «molaba» entre los chicos del lugar. Entonces recordé a un muchacho con quien había coincidido en las aulas de la escuela primaria, un pariente lejano. Después de haber conseguido, no sin dificultades, el graduado escolar, había encontrado trabajo como albañil en El Cairo. Era un beato, pero no un hipócrita; al contrario, era el musulmán más devoto que jamás he conocido: rezaba las cinco oraciones diarias sin saltarse ni una, observaba el retiro preceptivo durante los diez últimos días de ramadán, obedecía sin rechistar las órdenes del padre de fami-

lia y nunca se metía con nadie; resumiendo, un modelo del perfecto musulmán. También era muy guapo y resultón. Un día apareció por casa luciendo una camiseta con un lema escrito en inglés: *Right to choose. It's my body!* No se lo traduje, por si acaso; Dios sabe de dónde había sacado la camiseta. El lema era el de una asociación pro derecho al aborto. ¿Se lo tendría que haber dicho entonces? ¿Tenía él derecho a saber lo que andaba publicitando? En su momento, no lo juzgué oportunuo, pero el logo en la camiseta del chico del cementerio me llevó a reconsiderar mi decisión de antaño y me sentí culpable.

El paseo de aquel día terminó en un remedo de cafetería. Asenté mis posaderas en una de las cuatro sillas rojas de plástico que alguien había colocado bajo un árbol y a la entrada de un «patio», como si me acomodara en la silla de la terraza de algún bar chic de El Cairo con vistas al Nilo. Me sentí tan a gusto como si mi objetivo del día, al salir de casa, hubiera sido localizar precisamente esa «cafetería». Pedí un té al joven «camarero», luego rectifiqué y pedí una botella de agua mineral:

—No tenemos agua mineral, señora. ¿Le sirvo una Pepsi?

—Sí, claro, ningún problema.

Un hombre de aspecto bonachón se sentó en la silla de al lado. Me sonrió, le devolví la sonrisa y le pregunté si conocía la zona. «Como la palma de mi mano», contestó, «hace cuarenta años que vivo aquí.» Me atreví a encender un par de cigarrillos: uno para él y otro para mí, y entablamos conversación. Naturalmente, me preguntó qué diablos hacía yo por aquellos andurriales.

—Mire, estoy buscando una calle, bueno, o un barrio, no sé, que se llama al-Afifi.

—¿Afifi? No me suena que por aquí haya ninguna calle ni ningún barrio con ese nombre. Busque en Basatín, o puede que en Qarafa, el cementerio de los mamelucos.

—¿Cómo? ¿No es este el cementerio de Basatín?

Me quedé atónita, no podía creer que hubiera andado tanto. Había leído en algún sitio que el erial de Qarafa había sido utilizado por los mamelucos para sus desfiles militares, compe-

ticiones y otras ceremonias civiles y religiosas, y que habían construido allí su cementerio porque era terreno improductivo. Las necrópolis cairotas son enormes laberintos en los que se extravían fácilmente los extranjeros. Kilómetros y kilómetros de muros, calles con panteones o patios, descampados repletos de tumbas y árboles que no se distinguen unos de otros. No hay ningún tipo de señalización en las ciudades de los muertos.

Mi intención, en aquel momento, era reanudar la exploración al día siguiente, convencida de que, si no cejaba en el empeño, acabaría encontrando la tumba de Enayat en cuestión de un par de días. Más adelante me daría cuenta de mi ingenuidad. No localicé el panteón de Rashid Pachá hasta el verano de 2018 y fue, a fin de cuentas, para constatar que no era un hito tan importante ni el final de mi búsqueda. Paula ya me lo había advertido: cuando Enayat tomaba una decisión, era muy difícil contravenir su voluntad. Tuve la impresión de que me había estado observando y de que había decidido que, si quería llegar hasta ella, tendría que recorrer otros caminos. Tiempo al tiempo.